

muraba esto algo Sancho, y entreoyle su señor, y preguntóle: ¿Qué murmuras, Sancho? No digo nada ni murmuro de nada, respondió Sancho; solo estaba diciendo entre mí que quisiera haber oído lo que vuesa merced aquí ha dicho antes que me casara, que quizá dijera yo ahora el buey suelto bien se lame. ¿Tan mala es tu Teresa, Sancho? dijo D. Quijote. No es muy mala, respondió Sancho; pero no es muy buena, á lo ménos no es tan buena como yo quisiera. Mal haces, Sancho, dijo D. Quijote, en decir mal de tu mujer, que en efecto es madre de tus hijos. No nos debemos nada, respondió Sancho, que también ella dice mal de mí cuando se le antoja, especialmente cuando está celosa, que entónces súfrala el mismo Satanás. Finalmente, tres días estuvieron con los novios, donde fueron regalados y servidos como cuerpos de rey. Pidió D. Quijote al diestro licenciado le diese una guía que le encaminase á la cueva de Montesinos, porque tenia gran deseo de entrar en ella, y ver á ojos vistas si eran verdaderas las maravillas que della se decian por todos aquellos contornos. El licenciado le dijo que le daría á un primo suyo, famoso estudiante y muy aficionado á leer libros de caballerías, el cual con mucha voluntad le pondría á la boca de la misma cueva, y le enseñaría las lagunas de Ruidera, famosas ansimismo en toda la Mancha y aun en toda España: y díjole que llevaría con él gustoso entretenimiento, á causa que era mozo que sabía hacer libros para imprimir y para dirigirlos á príncipes. Finalmente, el primo vino con una pollina preñada, cuya albarda cubría un gayado tapete ó arpillera. Ensiló Sancho á Rocinante y aderezó al rucio, proveyó sus alforjas, á las cuales acompañaron las del primo ansimismo bien proveídas, y encomendándose á Dios y despidiéndose de todos, se pusieron en camino tomando la derrota de la famosa cueva de Montesinos. En el camino preguntó D. Quijote al primo, de qué género y calidad eran sus ejercicios, su profesion y estudios. A lo que él respondió, que su profesion era ser humanista, sus ejercicios y estudios componer libros para dar á la estampa, todos de gran provecho y no ménos entretenimiento para la república: que el uno se intitulaba *el de las Libreas*, donde pintaba setecientas y tres libreas con sus colores, motes y cifras, de donde podian sacar y tomar las que quisiesen en tiempo de fiestas y regocijos los caballeros cortesanos, sin andarlas mendigando de nadie, ni lambicando, como dicen, el cerbelo por sacarlas conformes á sus deseos é intenciones: porque doy al celoso, al desdenado, al olvidado y al ausente las que les convienen, que les vendrán mas justas que pecadoras. Otro libro tengo también, á quien he de llamar *Meta-morfoseos*, ó *Ovidio español*, de invencion nueva y rara; porque en él, imitando á Ovidio á lo burlesco, pinto quién fué la Giralda de Sevilla y el ángel de la Madalena, quién el caño de Vecinguerra de Córdoba, quiénes los Toros de Guisando, la Sierra-Morena, las fuentes de Leganitos y Lavapiés en Madrid, no olvidándome de la del Piojo, de la del Caño dorado y de la Priora; y esto con sus alegorías, metáforas y traslaciones, de modo que alegran, suspenden y enseñan á un mismo punto. Otro libro tengo, que le llamo *Suplemento á Virgilio Polidoro*, que trata de la invencion de las cosas, que es de grande erudicion y estudio, á causa que las cosas que se dejó de decir Polidoro de gran sustancia, las averiguo yo, y las declaro por gentil estilo. Olvidósele á Virgilio

de declararnos quién fué el primero que tuvo catarro en el mundo y el primero que tomó las unciones para curarse del morbo gálico, y yo lo declaro al pié de la letra, y lo autorizo con mas de veinte y cinco autores, porque vea vuesa merced si he trabajado bien, y si ha de ser útil el tal libro á todo el mundo. Sancho, que habia estado muy atento á la narracion del primo, le dijo: Dígame, señor, así Dios le dé buena manderecha en la impresion de sus libros, ¿sabriame decir, que si sabrá, pues todo lo sabe, quién fué el primero que se rascó en la cabeza? que yo para mí tengo que debió de ser nuestro padre Adán. Si sería, respondió el primo, porque Adán no hay duda sino que tuvo cabeza y cabellos; y siendo esto así, y siendo el primer hombre del mundo, alguna vez se rascaría. Así lo creo yo, respondió Sancho; pero dígame ahora, ¿quién fué el primer volteador del mundo? En verdad, hermano, respondió el primo, que no me sabré determinar por ahora hasta que lo estudie; yo lo estudiaré en volviendo adonde tengo mis libros, y yo os satisfaré cuando otra vez nos veamos, que no ha de ser esta la postrera. Pues mire, señor, replicó Sancho, no tome trabajo en esto, que ahora he caido en la cuenta de lo que le he preguntado: sepa que el primer volteador del mundo fué Lucifer cuando le echaron ó arrojaron del cielo, que vino volteando hasta los abismos. Teneis razon, amigo, dijo el primo; y dijo D. Quijote: Esa pregunta y respuesta no es tuya, Sancho; á alguno las has oido decir. Calle, señor, replicó Sancho, que á buena fe que si me doy á preguntar y á responder, que no acabe de aquí á mañana. Si; que para preguntar necedades y responder disparates no le menester yo andar buscando ayuda de vecinos. Mas has dicho, Sancho, de lo que sabes, dijo D. Quijote, que hay algunos que se cansan en saber y averiguar cosas que despues de sabidas y averiguadas no importan un ardite al entendimiento ni á la memoria. En estas y otras gustosas pláticas se les pasó aquel día, y á la noche se albergaron en una pequeña aldea, adonde el primo dijo á D. Quijote que desde allí á la cueva de Montesinos no habia mas de dos leguas, y que si llevaba determinado de entrar en ella, era menester proveerse de sogas para atarse y descolgarse en su profundidad. D. Quijote dijo, que aunque llegase al abismo habia de ver dónde paraba, y así compraron casi cien brazas de sogas, y otro día á las dos de la tarde llegaron á la cueva, cuya boca es espaciosa y ancha, pero llena de cambronerías y cabrahigos, de zarzas y malezas, tan espesas y intricadas, que de todo en todo la ciegan y encubren. En viéndola, se apearon el primo, Sancho y D. Quijote, al cual los dos le ataron luego fortísimamente con las sogas, y en tanto que le fajaban y ceñian, le dijo Sancho: Mire vuesa merced, señor mio, lo que hace, no se quiera sepultar en vida, ni se ponga adonde parezca frasco que le pongan á enfriar en algun pozo: sí; que á vuesa merced no le toca ni atañe ser el escudriñador desta que debe de ser peor que mazmorra. Ata y calla, respondió D. Quijote, que tal empresa como aquesta, Sancho amigo, para mí estaba guardada. Y entónces dijo la guía: Suplico á vuesa merced, señor D. Quijote, que mire bien y especule con cien ojos lo que hay allá dentro, quizá habrá cosas que las ponga yo en el libro de mis trasformaciones. En manos está el panderero que le sabrán bien tañer, respondió Sancho Panza. Dicho esto, y acabada la ligadura de D. Quijote (que no fué sobre el

arnes, sino sobre el jubon de armar), dijo D. Quijote: Inadvertidos hemos andado en no habernos proveido de algun esquilon pequeño, que fuera atado junto á mí en esta misma sogas, con cuyo sonido se entendiera que todavía bajaba y estaba vivo; pero pues ya no es posible, á la mano de Dios que me guie; y luego se hincó de rodillas, y hizo una oracion en voz baja al cielo pidiendo á Dios le ayudase y le diese buen suceso en aquella al parecer peligrosa y nueva aventura, y en voz alta dijo luego: ¡Oh señora de mis acciones y movimientos, clarísima y sin par Dulcinea del Toboso! si es posible que lleguen á tus oídos las plegarias y rogaciones deste tu venturoso amante, por tu inaudita belleza te ruego las escuches, que no son otras que rogarte no me niegues tu favor y amparo ahora que tanto le he menester. Yo voy á despeñarme, á empozarme y á hundirme en el abismo que aquí se me representa, solo porque conozca el mundo, que si tú me favoreces, no habrá imposible á quien yo no acometa y acabe: y en diciendo esto, se acercó á la sima, vió no ser posible descolgarse ni hacer lugar á la entrada si no era á fuerza de brazos ó á cuchilladas, y así poniendo mano á la espada comenzó á derribar y á cortar de aquellas malezas que á la boca de la cueva estaban, por cuyo ruido y estruendo salieron por ella una infinidad de grandísimos cuervos y grajos, tan espesos y con tanta priesa, que dieron con D. Quijote en el suelo, y si él fuera tan agorero como católico cristiano, lo tuviera á mala señal y excusara de encerrarse en lugar semejante. Finalmente, se levantó, y viendo que no salian mas cuervos ni otras aves nocturnas, como fueron murciélagos, que ansimismo entre los cuervos salieron, dándole sogas el primo y Sancho, le dejaron calar al fondo de la caverna espantosa y al entrar, echándole Sancho su bendicion y haciendo sobre él mil cruces, dijo: Dios te guie y la Peña de Francia junto con la Trinidad de Gaeta, flor, nata y espuma de los caballeros andantes. Allá vas, valenton del mundo, corazon de acero, brazos de bronce: Dios te guie otra vez, y te vuelva libre, sano y sin cautela á la luz desta vida que dejas por enterrarte en esta escuridad que buscas. Casi las mismas plegarias y deprecaciones hizo el primo. Iba D. Quijote dando voces que le diesen sogas y mas sogas, y ellos se la daban poco á poco; y cuando las voces, que acanaladas por la cueva salian, dejaron de oirse, ya ellos tenian descolgadas las cien brazas de sogas. Fuéron de parecer de volver á subir á D. Quijote, pues no le podian dar mas cuerda: con todo eso se detuvieron como media hora, al cabo del cual espacio volvieron á recoger la sogas con mucha facilidad y sin peso alguno, señal que les hizo imaginar que D. Quijote se quedaba dentro, y creyéndolo así Sancho, lloraba amargamente y tiraba con mucha priesa por desengañarse; pero llegando, á su parecer, á poco mas de las ochenta brazas, sintieron peso, de que en extremo se alegraron. Finalmente, á las diez vieron distintamente á D. Quijote, á quien dió voces Sancho diciéndole: Sea vuesa merced muy bien vuelto, señor mio, que ya pensábamos que se quedaba allá para casta; pero no respondia palabra D. Quijote, y sacándole del todo vieron que traia cerrados los ojos con muestras de estar dormido. Tendiéronle en el suelo y desliáronle, y con todo esto no despertaba. Pero tanto le volvieron y revolviéron, sacudieron y menearon, que al cabo de un buen espacio volvió en sí, desperezándose bien como si

de algun grave y profundo sueño despertara, y mirando á una y á otra parte como espantado dijo: Dios os lo perdone, amigos, que me habeis quitado de la mas sabrosa y agradable vida y vista que ningun humano ha visto ni pasado. En efecto, ahora acabo de conocer que todos los contentos desta vida pasan como sombra y sueño, ó se marchitan como la flor del campo. ¡Oh desdichado Montesinos! Oh mal ferido Durandarte! Oh sin ventura Bellerma! Oh lloroso Guadiana, y vosotras sin dicha, hijas de Ruidera, que mostrais en vuestras aguas las que lloraron vuestros hermosos ojos! Con grande atencion escuchaban el primo y Sancho las palabras de D. Quijote, que las decia como si con dolor inmenso las sacara de las entrañas. Suplicáronle les diese á entender lo que decia, y les dijese lo que en aquel infierno habia visto. ¿Infierno le llamas? dijo D. Quijote; pues no le llameis así, porque no lo merece, como luego veréis. Pidió que le diesen algo de comer, que traia grandísima hambre. Tendieron la arpillera del primo sobre la verde yerba, acudieron á la despensa de sus alforjas, y sentados todos tres en buen amor y compañía, merendaron y cenaron todo junto. Levantada la arpillera, dijo D. Quijote de la Mancha: No se levante nadie, y estadme, hijos, todos atentos.

## CAPITULO XXIII.

De las admirables cosas que el extremado D. Quijote contó que habia visto en la profunda cueva de Montesinos, cuya imposibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por apócrifa.

Las cuatro de la tarde serian cuando el sol entre nubes cubierto, con luz escasa y templados rayos dió lugar á D. Quijote para que sin calor y pesadumbre contase á sus dos clarísimos oyentes lo que en la cueva de Montesinos habia visto, y comenzó en el modo siguiente.

A obra de doce ó catorce estados de la profundidad desta mazmorra, á la derecha mano se hace una concavidad y espacio capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas. Entrale una pequeña luz por unos resquicios ó agujeros, que lejos le responden, abiertos en la superficie de la tierra. Esta concavidad y espacio vi yo á tiempo cuando ya iba cansado y mohino de verme pendiente y colgado de la sogas caminar por aquella oscura region abajo sin llevar cierto ni determinado camino, y así determiné entrarme en ella y descansar un poco. Dí voces pidiéndolos que no descolgádes mas sogas hasta que yo os lo dijese; pero no debistes de oirme. Fuí recogiendo la sogas que enviábades, y haciendo della una roca ó rimeros me senté sobre él, pensativo ademas, considerando lo que hacer debía para calar al fondo, no teniendo quien me sustentase; y estando en este pensamiento y confusion, de repente y sin procurarlo me saltó un sueño profundísimo, y cuando ménos lo pensaba, sin saber cómo ni cómo no desperté dél, y me hallé en la mitad del mas bello, ameno y deleitoso prado que puede criar la naturaleza, ni imaginar la mas discreta imaginacion humana. Despabilé los ojos, limpiéme los, y vi que no dormia, sino que realmente estaba despierto. Con todo esto, me tenté la cabeza y los pechos por certificarme si era yo mismo el que allí estaba, ó alguna fantasma vana y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados que entre mí hacia, me certificaron que yo era allí entónces el que soy aquí ahora. Ofrecióseme luego á la vista un real y suntuoso palacio ó alcázar, cu-



vos muros y paredes parecían de trasparente y claro cristal fabricados, del cual abriéndose dos grandes puertas vi que por ellas salía y hacía mí se venía un venerable anciano vestido con un capuz de bayeta morada, que por el suelo le arrastraba: ceñiale los hombros y los pechos una beca de colegial, de raso verde: cubriale la cabeza una gorra milanese negra, y la barba canísima le pasaba de la cintura; no traía arma ninguna, sino un rosario de cuentas en la mano, mayores que medianas nueces, y los diez asimismo como huevos medianos de avestruz: el continente, el paso, la gravedad y la anchísima presencia, cada cosa de por sí y todas juntas me suspendieron y admiraron. Llegóse á mí, y lo primero que hizo fué abrazarme estrechamente, y luego decirme: Lueg-os tiempos há, valeroso caballero D. Quijote de la Mancha, que los que estamos en estas soledades encantados esperamos verte para que des noticia al mundo de lo que encierra y cubre la profunda cueva por donde has entrado, llamada la cueva de Montesinos: hazña solo guardada para ser acometida de tu invencible corazon y de tu ánimo estupendo. Ven conmigo, señor clarísimo, que te quiero mostrar las maravillas que este trasparente alcázar solapa, de quien yo soy alcaide y guarda mayor perpetua, porque soy el mismo Montesinos, de quien la cueva toma nombre. Apénas me dijo que era Montesinos, cuando le pregunté si fué verdad lo que en el mundo de acá arriba se contaba, que él habia sacado de la mitad del pecho con una pequeña daga el corazon de su grande amigo Durandarte, y llevádole á la señora Belerma, como él se lo mandó al punto de su muerte. Respondióme que en todo decían verdad sino en la daga, porque no fué daga, ni pequeña, sino un puñal buido, mas agudo que una lezna. Debía de ser, dijo á este punto Sancho, el tal puñal de Ramon de Hoces el Sevillano. No sé, prosiguió D. Quijote; pero no sería dese puñalero, porque Ramon de Hoces fué ayer, y lo de Roncesvalles, donde aconteció esta desgracia, há muchos años; y esta averiguacion no es de importancia, ni turba ni altera la verdad y contexto de la historia. Así es, respondió el primo: prosiga vuesa merced, señor D. Quijote, que le escucho con el mayor gusto del mundo. No con menor lo cuento yo, respondió D. Quijote, y así digo que el venerable Montesinos me metió en el cristalino palacio, donde en una sala baja, fresquísimas sobre modo, y toda de alabastro, estaba un sepulcro de mármol con gran maestría fabricado, sobre el cual vi á un caballero tendido de largo á largo, no de bronce ni de mármol, ni de jaspe hecho, como los suele haber en otros sepulcros, sino de pura carne y de puros huesos. Tenía la mano derecha (que á mí parecer es algo peluda y nervosa, señal de tener muchas fuerzas su cuerpo) puesta sobre el lado del corazon, y ántes que preguntase nada á Montesinos, viéndome suspenso, mirando al del sepulcro, me dijo: Este es mi amigo Durandarte, flor y espejo de los caballeros enamorados y valientes de su tiempo; tiénele aquí encantado, como me tiene á mí y á otros muchos y muchas, Merlin, aquel frances encantador, que dicen que fué hijo del diablo, y lo que yo creo es que no fué hijo del diablo, sino que supo, como dicen, un punto mas que el diablo. El cómo ó para qué nos encantó, nadie lo sabe, y ello dirá andando los tiempos, que no están muy léjos, segun imagino. Lo que á mí me admira es, que sé tan cierto como ahora es de día, que Durandarte acabó los de su vida en mis brazos,

y que despues de muerto le saqué el corazon con mis propias manos; y en verdad que debía de pesar dos libras, porque segun los naturales, el que tiene mayor corazon es dotado de mayor valentía del que le tiene pequeño. Pues siendo esto así, y que realmente murió este caballero, ¿cómo ahora se queja y suspira de cuando en cuando como si estuviese vivo? Esto dicho, el misero Durandarte dando una gran voz dijo:

Oh mi primo Montesinos;  
Lo postrero que os rogaba,  
Que cuando yo fuere muerto,  
Y mi ánima arrancada,

Que lleveis mi corazon  
Adonde Belerma estaba,  
Sacándome del pecho,  
Ya con puñal, ya con daga.

Oyendo lo cual el venerable Montesinos, se puso de rodillas ante el lastimado caballero, y con lágrimas en los ojos le dijo: Ya, señor Durandarte, carísimo primo mio, ya hice lo que me mandastes en el aciago día de nuestra pérdida; y os saqué el corazon lo mejor que pude, sin que os dejase una mínima parte en el pecho, yo le limpié con un pañuelo de puntas, yo partí con él de carrera para Francia, habiéndoo primero puesto en el seno de la tierra con tantas lágrimas, que fueron bastantes á lavarme las manos y limpiarme con ellas la sangre que tenían de haberos andado en las entrañas; y por mas señas, primo de mi alma, en el primero lugar que topé saliendo de Roncesvalles, eché un poco de sal en vuestro corazon, porque no oliese mal y fuese, si no fresco, á lo ménos amojamado á la presencia de la señora Belerma; á la cual con vos y conmigo y con Guadiana vuestro escudero, y con la dueña Ruidera y sus siete hijas y dos sobrinas, y con otros muchos de vuestros conocidos y amigos nos tiene aquí encantados el sabio Merlin há muchos años, y aunque pasan de quinientos no se ha muerto ninguno de nosotros, solamente falta Ruidera y sus hijas y sobrinas, las cuales llorando, por compasion que debió de tener Merlin dellas, las convirtió en otras tantas lagunas, que ahora en el mundo de los vivos y en la provincia de la Mancha las llaman las lagunas de Ruidera: las siete son de los reyes de España, y las dos sobrinas, de los caballeros de una orden santísima, que llaman de San Juan. Guadiana vuestro escudero plañendo asimismo vuestra desgracia fué convertido en un rio llamado de su mismo nombre, el cual cuando llegó á la superficie de la tierra y vió el sol del otro cielo, fué tanto el pesar que sintió de ver que os dejaba, que se sumergió en las entrañas de la tierra; pero como no es posible dejar de acudir á su natural corriente, de cuando en cuando sale y se muestra donde el sol y las gentes le vean. Vante administrando de sus aguas las referidas lagunas, con las cuales y con otras muchas que se llegan entra pomposo y grande en Portugal. Pero con todo esto, por donde quiera que va muestra su tristeza y melancolía, y no se precia de criar en sus aguas peces regalados y de estima, sino burdos y desabridos, bien diferentes de los del Tajo dorado: y esto que agora os digo, ó primo mio, os lo he dicho muchas veces, y como no me respondeis imagino que no me dais crédito ó no me oís, de lo que yo recibo tanta pena cual Dios lo sabe. Unas nuevas os quiero dar ahora, las cuales, ya que no sirvan de alivio á vuestro dolor, no os le aumentarán en ninguna manera. Sabed que teneis aquí en vuestra presencia (y abrid los ojos y veréislo) aquel gran caballero de quien tantas cosas tiene profetizadas el sabio Merlin, aquel D. Quijote de la Mancha, digo, que de nuevo y con mayores

ventajas que en los pasados siglos ha resucitado en los presentes la ya olvidada andante caballería, por cuyo medio y favor podría ser que nosotros fuésemos desencantados, que las grandes hazñas para los grandes hombres están guardadas. Y cuando así no sea, respondió el lastimado Durandarte con voz desmayada y baja, cuando así no sea, ó primo, digo, paciencia y barajar; y volviéndose de lado tornó á su acostumbrado silencio sin hablar mas palabra. Oyéronse en esto grandes alaridos y llantos acompañados de profundos gemidos y angustiados sollozos. Volvió la cabeza, y vi por las paredes de cristal, que por otra sala pasaba una procesion de dos hileras de hermosísimas doncellas, todas vestidas de luto, con turbantes blancos sobre las cabezas al modo turquesco. Al cabo y fin de las hileras venía una señora, que en la gravedad lo parecía, asimismo vestida de negro, con tocas blancas tan tendidas y largas que besaban la tierra. Su turbante era mayor dos veces que el mayor de algunas de las otras: era cejijunta, la nariz algo chata, la boca grande, pero colorados los labios: los dientes, que tal vez los descubria, mostraban ser malos y no bien puestos, aunque eran blancos como unas peladas almendras: traía en las manos un lienzo delgado, y entre él, á lo que pude divisar, un corazon de carne momia, segun venia seco y amojamado. Díjome Montesinos, como toda aquella gente de la procesion eran sirvientes de Durandarte y de Belerma, que allí con sus dos señores estaban encantados, y que la última, que traía el corazon entre el lienzo, y en las manos, era la señora Belerma, la cual con sus doncellas cuatro dias en la semana hacian aquella procesion y cantaban, ó por mejor decir lloraban endechas sobre el cuerpo y sobre el lastimado corazon de su primo: y que si me habia parecido algo fea, ó no tan hermosa como tenia la fama, era la causa las malas noches y peores dias que en aquel encantamento pasaba, como lo podia ver en sus grandes ojeras y en su color quebradiza; y no toma ocasion su amarillez y sus ojeras de estar con el mal mensil, ordinario en las mujeres, porque há muchos meses y aun años que no le tiene ni asoma por sus puertas, sino del dolor que siente su corazon por el que de continuo tiene en las manos, que le renueva y trae á la memoria la desgracia de su mal logro amante: que si esto no fuera, apénas la igualara en hermosura, donaire y brio la gran Dulcinea del Toboso, tan celebrada en todos estos contornos y aun en todo el mundo. Cepos quedos, dije yo entónces, señor D. Montesinos: cuente vuesa merced su historia como debe, que ya sabe que toda comparacion es odiosa, y así no hay para qué comparar á nadie con nadie: la sin par Dulcinea del Toboso es quien es, y la señora D.<sup>a</sup> Belerma es quien es y quien ha sido, y quedese aquí. A lo que él me respondió: Señor D. Quijote, perdóneme vuesa merced, que yo confieso que anduve mal, y no dije bien en decir que apénas igualara la señora Dulcinea á la señora Belerma, pues me bastaba á mí haber entendido, por no sé qué barruntos, que vuesa merced es su caballero, para que me mordiera la lengua ántes de compararla sino con el mismo cielo. Con esta satisfacion que me dió el gran Montesinos se quietó mi corazon del sobresalto que recibí en oír que á mi señora la comparaban con Belerma. Y aun me maravillo yo, dijo Sancho, de cómo vuesa merced no se subió sobre el vejete, y le molió á coces todos los huesos, y le peló las barbas sin dejarle pelo en

ellas. No, Sancho amigo, respondió D. Quijote, no me estaba á mí bien hacer eso, porque estamos todos obligados á tener respeto á los ancianos, aunque no sean caballeros, y principalmente á los que lo son y están encantados; yo sé bien que no nos quedamos á deber nada en otras muchas demandas y respuestas que entre los dos pasamos. A esta sazón dijo el primo: Yo no sé, señor D. Quijote, cómo vuesa merced en tan poco espacio de tiempo como há que está allá bajo haya visto tantas cosas y hablado y respondido tanto. ¿Cuánto há que bajé? preguntó D. Quijote. Poco mas de una hora, respondió Sancho. Eso no puede ser, replicó D. Quijote, porque allá me anocheció y amaneció, y tornó á anochecer y amanecer tres veces, de modo que á mi cuenta tres dias he estado en aquellas partes remotas y escondidas á la vista nuestra. Verdad debe de decir mi señor, dijo Sancho, que como todas las cosas que le han sucedido son por encantamento, quizá lo que á nosotros nos parece una hora debé de parecer allá tres dias con sus noches. Así será, respondió D. Quijote. ¿Y ha comido vuesa merced en todo este tiempo, señor mio? preguntó el primo. No me he desayunado de bocado, respondió D. Quijote, ni aun he tenido hambre ni por pensamiento. ¿Y los encantados comen? dijo el primo. No comen, respondió D. Quijote, ni tienen excrementos mayores, aunque es opinion que les crecen las uñas, las barbas y los cabellos. ¿Y duermen por ventura los encantados, señor? preguntó Sancho. No por cierto, respondió D. Quijote, á lo ménos en estos tres dias que yo he estado con ellos ninguno ha pegado el ojo, ni yo tampoco. Aquí encaja bien el refran, dijo Sancho, de dime con quién andas, decirte he quién eres: ándase vuesa merced con encantados ayunos y vigilantes; mirad si es mucho que ni coma ni duerma mientras con ellos anduviere; pero perdóneme vuesa merced, señor mio, si le digo que de todo cuanto aquí ha dicho, lléveme Dios, que iba á decir el diablo, si le creo cosa alguna. ¿Cómo no? dijo el primo, ¿pues habia de mentir el señor D. Quijote, que aunque quisiera no ha tenido lugar para componer é imaginar tanto millon de mentiras? Yo no creo que mi señor miente, respondió Sancho. Si no, ¿qué crees? le preguntó D. Quijote. Creo, respondió Sancho, que aquel Merlin, ó aquellos encantadores que encantaron á toda la chusma que vuesa merced dice que ha visto y comunicado allá bajo, le encajaron en el magin ó la memoria toda esa máquina que nos ha contado, y todo aquello que por contar le queda. Todo eso pudiera ser, Sancho, replicó D. Quijote, pero no es así, porque lo que he contado lo vi por mis propios ojos y lo toqué con mis mismas manos. Pero ¿qué dirás cuando te diga yo ahora como entre otras infinitas cosas y maravillas que me mostró Montesinos (las cuales despacio y á sus tiempos te las iré contando en el discurso de nuestro viaje, por no ser todas deste lugar), me mostró tres labradoras que por aquellos amenísimos campos iban saltando y brincando como cabras, y apénas las he visto cuando conocí ser la una la sin par Dulcinea del Toboso, y las otras dos aquellas mismas labradoras que venían con ella, que hablamos á la salida del Toboso? Pregunté á Montesinos si las conocía: respondiéndome que no; pero que él imaginaba que debian de ser algunas señoras principales encantadas, que pocos dias habia que en aquellos prados habian parecido; y que no me maravillase desto, porque allí estaban otras muchas se-



ñoras de los pasados y presentes siglos encantadas en diferentes y extrañas figuras, entre las cuales conocía él á la reina Jinebra y su dueña Quintañona-escanciando el vino á Lanzarote cuando de Bretaña vino. Cuando Sancho Panza oyó decir esto á su amo, pensó perder el juicio ó morirse de risa; que como él sabía la verdad del fingido encanto de Dulcinea; de quien él había sido el encantador y el levantador de tal testimonio, acabó de conocer indubitablemente que su señor estaba fuera de juicio y loco de todo punto, y así le dijo: En mala coyuntura y en peorsazon y en aciago dia bajó vuesa merced, caro patron mio, al otro mundo, y en mal punto se encontró con el señor Montesinos, que tal nos le ha vuelto. Bien se estaba vuesa merced acá arriba con su entero juicio, tal cual Dios se le había dado, hablando sentencias y dando consejos á cada paso, y no ahora contando los mayores disparates que pueden imaginarse. Como te conozco, Sancho, respondió D. Quijote, no hago caso de tus palabras. Ni yo tampoco de las de vuesa merced, replicó Sancho, si quiera me hiera, si quiera me mate por las que le he dicho ó por las que le pienso decir, si en las tuyas no se corrige y enmienda. Pero dígame vuesa merced ahora que estamos en paz, ¿cómo ó en qué conoció á la señora nuestra ama? y si la habló, ¿qué dijo, y qué le respondió? Conocíla, respondió D. Quijote, en que trae los mismos vestidos que traía cuando tú me la mostraste. Háblala, pero no me respondió palabra, ántes me volvió las espaldas, y se fué huyendo con tanta priesa que no la alcanzara una jara. Quise seguirla, y lo hiciera si no me aconsejara Montesinos que no me cansase en ello, porque sería en balde, y mas porque se llegaba la hora donde me convenía volver á salir de la sima. Díjome asimismo que andando el tiempo se me daría aviso cómo habían de ser desencantados él y Belerma y Durandarte, con todos los que allí estaban; pero lo que mas pena me dió de las que allí vi y noté, fué que estándome diciendo Montesinos estas razones se llegó á mí por un lado, sin que yo la viese venir, una de las dos compañeras de la sin ventura Dulcinea, y llenos los ojos de lágrimas, con turbada y baja voz me dijo: Mi señora Dulcinea del Toboso besa á vuesa merced las manos, y suplica á vuesa merced se la haga do hacerla saber cómo está, y que por estar en una gran necesidad asimismo suplica á vuesa merced cuan encarecidamente puede, sea servido de prestarle sobre este faldellín que aquí traigo de cotonía nuevo, media docena de reales, ó los que vuesa merced tuviere, que ella da su palabra de volvérselos con mucha brevedad. Suspendíome y admiróme el tal recado, y volviéndome al señor Montesinos le pregunté: ¿Es posible, señor Montesinos, que los encantados principales padecen necesidad? A lo que él me respondió: Creame vuesa merced, señor D. Quijote de la Mancha, que esta que llaman necesidad adonde quiera se usa, y por todos se extiende y á todos alcanza, y aun hasta á los encantados no perdona; y pues la señora Dulcinea del Toboso envía á pedir esos seis reales, y la prenda es buena, segun parece, no hay sino dárselos, que sin duda debe de estar puesta en algun grande aprieto. Prenda no la tomaré yo, le respondí, ni menos le daré lo que pide, porque no tengo sino solos cuatro reales, los cuales le dí (que fueron los que tú, Sancho, me diste el otro dia para dar limosna á los pobres que topase por los caminos), y le dije: Decid, amiga mia, á vuestra señora que

á mí me pesa en el alma de sus trabajos, y que quisiera ser un Fúcar para remediarlos, y que le hago saber que yo no puedo ni debo tener salud careciendo de su agradable vista y discreta conversacion, y que le suplico cuan encarecidamente puedo sea servida su merced de dejarse ver y tratar deste su cautivo servidor y asendreado caballero. Diréisle tambien que cuando ménos se lo piense oír á decir cómo yo he hecho un juramento y voto, á modo de aquel que hizo el marques de Mantua de vengar á su sobrino Baldovinos, cuando le halló para espirar en mitad de la montaña, que fué de no comer pan á manteles, con las otras zarandajas que allí añadió, hasta vengarle; y así le haré yo de no sosegar y de andar las siete partidas del mundo, con mas puntualidad que las anduvo el infante D. Pedro de Portugal, hasta desencantarla. Todo eso y mas debe vuesa merced á mi señora, me respondió la doncella, y tomando los cuatro reales, en lugar de hacerme una reverencia, hizo una cabriola que se levantó dos varas de medir en el aire. ¡Oh santo Dios! dijo á este tiempo dando una gran voz Sancho: ¿es posible que tal haya en el mundo, y que tengan en él tanta fuerza los encantadores y encantamientos, que hayan trocado el buen juicio de mi señor en una tan disparatada locura! ¡Oh señor, señor, por quien Dioses, que vuesa merced mire por sí y vuelva por su honra y no dé crédito á esas vaciedades, que le tienen menguado y descabalado el sentido! Como me quieres bien, Sancho, hablas desta manera, dijo D. Quijote; y como no estás experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad te parecen imposibles; pero andará el tiempo, como otra vez he dicho, y yo te contaré algunas de las que allá abajo he visto, que te harán creer las que aquí he contado, cuya verdad ni admite réplica ni disputa.

## CAPITULO XXIV.

Donde se cuentan mil zarandajas tan impertinentes como necesarias al verdadera entendimiento desta grande historia.

Dice el que tradujo esta grande historia del original de la que escribió su primer autor Cide Hamete Benengeli, que llegando al capítulo de la aventura de la cueva de Montesinos, en el margen dél estaban escritas de mano del mismo Hamete estas mismas razones:

«No me puedo dar á entender ni me puedo persuadir que al valeroso D. Quijote le pasase puntualmente todo lo que en el antecedente capítulo queda escrito. La razon es, que todas las aventuras hasta aquí sucedidas han sido contingibles y verisímiles; pero esta desta cueva no le hallo entrada alguna para tenerla por verdadera, por ir tan fuera de los términos razonables. Pues pensar yo que D. Quijote mintiese, siendo el mas verdadero hidalgo, y el mas noble caballero de sus tiempos, no es posible, que no dijera él una mentira si le asaetaran. Por otra parte considero que él la contó y la dijo con todas las circunstancias dichas, y que no pudo fabricar en tan breve espacio tan gran máquina de disparates; y si esta aventura parece apócrifa, yo no tengo la culpa, y así sin afirmarla por falsa ó verdadera, la escribo. Tú, lector, pues eres prudente, juzga lo que te pareciere, que yo no debo, ni puedo mas, puesto que se tiene por cierto que al tiempo de su fin y muerte dicen que se retrató della, y dijo que él la había inventado por parecerle que conve-

nia y cuadraba bien con las aventuras que había leído en sus historias.» Y luego prosigue diciendo:

Espantóse el primo así del atrevimiento de Sancho Panza como de la paciencia de su amo, y juzgó que del contento que tenía de haber visto á su señora Dulcinea del Toboso, aunque encantada, le nacía aquella condicion blanda que entónces mostraba; porque si así no fuera, palabras y razones le dijo Sancho, que merecian molerle á palos, porque realmente le pareció que había andado atrevidillo con su señor, á quien le dijo: Yo, señor D. Quijote de la Mancha, doy por bien empleadísima la jornada que con vuesa merced he hecho, porque en ella he granjeado cuatro cosas. La primera, haber conocido á vuesa merced, que lo tengo á gran felicidad. La segunda, haber sabido lo que se encierra en esta cueva de Montesinos, con las mutaciones de Guadiana, y de las lagunas de Ruidera, que me servirán para el *Ovidio español*, que traigo entre manos. La tercera, entender la antigüedad de los naipes, que por lo ménos ya se usaban en tiempo del emperador Carlomagno, segun puede colegirse de las palabras que vuesa merced dice que dijo Durandarte cuando al cabo de aquel grande espacio que estuvo hablando con él Montesinos, él despertó diciendo: Paciencia y barajar. Y esta razon y modo de hablar no la pudo aprender encantado, sino cuando no lo estaba, en Francia y en tiempo del referido emperador Carlomagno. Y esta averiguacion me viene pintiparada para el otro libro que voy componiendo, que es *Suplemento de Virgilio Polidoro en la invencion de las antigüedades*; y creo que en el suyo no se acordó de poner la de los naipes, como la pondré yo ahora, que será de mucha importancia, y mas alegando autor tan grave y tan verdadero como es el señor de Durandarte. La cuarta es haber sabido con certidumbre el nacimiento del rio Guadiana, hasta ahora ignorado de las gentes. Vuesa merced tiene razon, dijo D. Quijote; pero querria yo saber, ya que Dios le haga merced de que se le dé licencia para imprimir esos sus libros, que lo dudo, á quién piensa dirigirlos. Señores y grandes hay en España á quien puedan dirigirse, dijo el primo. No muchos, respondió D. Quijote; y no porque no lo merezcan, sino que no quieren admitirlos por no obligarse á la satisfaccion que parece se debe al trabajo y cortesía de sus autores. Un príncipe conozco yo que puede suplir la falta de los demas, con tantas ventajas, que si me atreviera á decirlas, quizá despertara la invidia en mas de cuatro generosos pechos; pero quédese esto aquí para otro tiempo, mas cómodo, y vamos á buscar adonde recogernos esta noche. No léjos de aquí, respondió el primo, está una ermita, donde hace su habitacion un ermitaño, que dicen ha sido soldado, y está en opinión de ser un buen cristiano, y muy discreto y caritativo ademas. Junto con la ermita tiene una pequeña casa, que él ha labrado á su costa; pero con todo, aunque chica, es capaz de recibir huéspedes. ¿Tiene por ventura gallinas el tal ermitaño? preguntó Sancho. Pocos ermitaños están sin ellas, respondió D. Quijote, porque no son los que ahora se usan como aquellos de los desiertos de Egipto, que se vestían de hojas de palma, y comían raíces de la tierra. Y no se entienda que por decir bien de aquellos no lo digo de aquestos, sino que quiero decir que al rigor y estrechez de entónces no llegan las penitencias de los de ahora; pero no por esto dejan de ser todos buenos, á lo ménos yo por buenos los

juzgo; y cuando todo corra turbio, ménos mal hace el hipócrita que se finge bueno, que el público pecador. Estando en esto, vieron que hácia donde ellos estaban venía un hombre á pié, caminando apriesa, y dando varazos á un macho que venía cargado de lanzas y de alabardas. Cuando llegó á ellos los saludó, y pasó de largo. D. Quijote le dijo: Buen hombre, deteneos, que parece que vais con mas diligencia que ese macho ha menester. No me puedo detener, señor, respondió el hombre, porque las armas que veis que aquí llevo han de servir mañana, y así me es forzoso el no detenerme, y adios. Pero si quisieredes saber para qué las llevo, en la venta que está mas arriba de la ermita pienso alojar esta noche; y si es que haceis este mesmo camino, allí me hallaréis, donde os contaré maravillas, y adios otra vez; y de tal manera aguijó el macho, que no tuvo lugar D. Quijote de preguntarle qué maravillas eran las que pensaba decirles; y como él era algo curioso, y siempre le fatigaban deseos de saber cosas nuevas, ordenó que al momento se partiesen, y fuesen á pasar la noche en la venta, sin tocar en la ermita, donde quisiera el primo que se quedarán. Hizose así, subieron á caballo, y siguieron todos tres el derecho camino de la venta, á la cual llegaron un poco ántes de anochecer. Dijo el primo á D. Quijote, que llegasen á la ermita á beber un trago. Apénas oyó esto Sancho Panza, cuando encaminó el rucio á ella, y lo mismo hicieron D. Quijote y el primo; pero la mala suerte de Sancho parece que ordenó que el ermitaño no estuviese en casa, que así se lo dijo una sotaermitaño que en la ermita hallaron. Pidiéronle de lo caro. Respondió que su señor no lo tenía; pero si querian agua barata, que se la daría de muy buena gana. Si yo la tuviera de agua, respondió Sancho, pozos hay en el camino, donde la hubiera satisfecho. ¡Ah bodas de Camacho y abundancia de la casa de D. Diego, y cuántas veces os tengo de echar ménos! Con esto dejaron la ermita y picaron hácia la venta, y á poco trecho toparon un mancebito, que delante dellos iba caminando no con mucha priesa, y así le alcanzaron. Llevaba la espada sobre el hombro, y en ella puesto un bulto ó envoltorio al parecer de sus vestidos, que al parecer debían de ser los calzones ó gregüescos y herreruelo, y alguna camisa, porque traía puesta una ropilla de terciopelo con algunas vistumbres de raso, y la camisa de fuera; las medias eran de seda, y los zapatos cuadrados á uso de corte: la edad llegaría á diez y ocho ó diez y nueve años, alegre de rostro, y al parecer ágil de su persona: iba cantando seguidillas para entretener el trabajo del camino. Cuando llegaron á él acababa de cantar una, que el primo tomó de memoria, que dicen que decía:

A la guerra me lleva  
Mi necesidad;  
Si tuviera dineros,  
No fuera en verdad.

El primero que le habló fué D. Quijote, diciéndole: Muy á la lijera camina vuesa merced, señor galan: ¿y adónde bueno? sepamos, si es que gusta decirlo. A lo que el mozo respondió: El caminar tan á la lijera lo causa el calor y la pobreza, y el adónde voy es á la guerra. ¿Cómo la pobreza? preguntó D. Quijote; que por el calor bien puede ser. Señor, replicó el mancebo, yo llevo en este envoltorio unos gregüescos de terciopelo, compañeros desta ropilla; si los gasto en el camino no me podré hon-